

Homilía del Domingo de Ramas de la Pasión del Señor
14 de abril de 2019

Esta semana es de verdad una semana como ninguna otra. Comienza en la esperanza, la anticipación, y la celebración, aparentemente para los doce, así como para la multitud de otros discípulos. La celebración continúa con Jesús compartiendo una cena de la pascua con los doce, que son sus amigos y discípulos íntimos, la cena de la pascua siendo la fiesta memorial de su liberación de la esclavitud egipcia.

Durante esta cena escuchamos tanto promesa como advertencia. Jesús les habla a los doce de su sufrimiento inminente. Les dice a ellos, «Cuánto he deseado celebrar esta Pascua con ustedes, antes de padecer, porque yo les aseguro que ya no la volveré a celebrar, hasta que tenga cabal cumplimiento en el Reino de Dios». En estas palabras, escuchamos palabras de esperanza y anticipación constante combinadas con la advertencia de las cosas de venir. Claramente, éstos, sus amigos íntimos, todavía no entienden.

Entonces la semana cae de las alturas de celebración en la profundidad de infamia. Jesús experimenta el sufrimiento, la tortura, y la traición sobre las cuales ha estado advirtiendo a sus amigos. Los fariseos y escribas han suscitado la multitud y con descontrol de la muchedumbre, ellos gritan, «¡Crucifícalo, crucifícalo!»

¡Cual confusión, desilusión, y esperanzas frustradas sus discípulos experimentan! Todo parece perdido. Toda esperanza ha acabado. La noche es oscura. Pero es la oscuridad antes de la luz.

Esta semana, que comienza en las alturas de celebración, desciende a confusión, desesperanza, y muerte. Pero eso no es el final. Allá de toda expectación, allá de algo que los discípulos podrían habido esperado, allá de toda figuración, Jesucristo resucitado de los muertos.

¡Regocijémonos! ¡Jesucristo, nuestro Salvador, triunfa sobre el pecado y la muerte! ¡Él ha resucitado! ¡Regocijémonos!